

de frío (1). Por fin el 16 de setiembre de 1542 las descubiertas trajeron noticia de que las tropas de Almagro avanzaban con intencion al parecer de ocupar las alturas que rodean á Chupas. La guerra de los elementos había cesado, amaneciendo uno de esos días brillantes que solo se ven en los trópicos. El ejército real se pasó desde muy temprano en movimiento, pues Vaca de Castro deseoso de apoderarse de las al-

turas que dominaban al valle, destacó con este objeto un cuerpo de arcabuceros, sostenido por otro de caballería, al cual siguió en breve el mismo con lo restante de sus fuerzas. Al llegar á la cima tuvo noticia de que el enemigo había hecho alto, estableciéndose en una fuerte posición á menos de una legua de distancia.

Ya era entrada la tarde, pues no faltaban mas de



Vaca de Castro recibe una embajada de Almagro.

dos horas para ponerse el sol. El gobernador no se atrevía á comenzar la acción temiendo que la noche llegara demasiado pronto. Pero Alonso de Alvarado le aseguró que aquella era la ocasión oportuna, porque su gente ardía en deseos de pelear, y era mejor aprovecharse de su entusiasmo, que no dejar resfriar su ardor con la dilación. El gobernador vino en ello exclamando: «¡Quién tuviera el poder de Josué para detener el curso del sol (2)!» Después puso su gente en orden de batalla, y dió las disposiciones necesarias para el ataque.

En el centro estableció la infantería, compuesta de

(1) «Tuvieron tan gran tempestad de agua, truenos i nieve, que pensaron perecer i amaneciendo con dia claro i sereno...» Herrera, Hist. general, dec. VII, lib. VIII, capítulo VIII.

(2) «I así Vaca de Castro siguió su parecer, temiendo todavía la falta del día, i dijo que quisiera tener el poder de Josué para detener el sol.» Zárate, Conq. del Perú, lib. IV, cap. XVIII.

arcabuceros y alabarderos, y que constituía la *batalla* según se llamaba, y en los flancos colocó la caballería, poniendo en el ala derecha el estandarte real, y dando el mando de ella á Alonso de Alvarado. Encargó el ala izquierda á Holguin, sostenido por un valiente cuerpo de caballeros; y en cuanto á la artillería, demasiado insignificante para ser tenida en cuenta, la colocó en el centro. Proponiéndose mandar la vanguardia y romper la primera lanza con el enemigo; pero de esta ostentación caballeresca le disuadieron sus oficiales, recordándole lo importante que era su vida para esponderla inconsideradamente. Contentóse, pues, con mandar un cuerpo de reserva compuesto de cuarenta caballos, y destinado á acudir adonde la necesidad lo exigiese. Este cuerpo que comprendía la flor de su caballería, estaba compuesto principalmente de tropas de Alvarado, no sin gran disgusto de su capitán. El gobernador montaba un corcel morcillo, y sobre su cota de malla llevaba una rica túnica de brocado, en la cual brillaban las insignias del hábito de Santiago, que le había sido conferido al tiempo de salir

de España (1). Era un punto de honor entre los caballeros de aquella época festejar el peligro, desplegado todo el esplendor de sus atavíos militares y todo el lujo posible en sus personas y caballos.

Antes de comenzar la acción, Vaca de Castro dirigió una corta alocución á sus soldados para desvanecer las dudas que todavía podían tener aquellos que recordasen el desagrado que manifestó el emperador á vencedores y vencidos después de la batalla de las Salinas. Díjoles que sus enemigos eran rebeldes, que habían hecho armas contra él, representante de la corona, y que su deber era sofocar la rebelión y castigar á sus autores. Después hizo leer la ley en alta voz con las penas impuestas por ella á los traidores. Por esta ley Almagro y los suyos debían perder sus vidas y haciendas, y el gobernador prometió distribuir estas últimas entre los que mas lo mereciesen

por su comportamiento en el combate. Esta promesa política desvaneció completamente las dudas hasta de los mas escrupulosos; y Vaca de Castro, adoptadas sus últimas disposiciones para el ataque con el aire mas grave y marcial, dió la orden de avanzar (2).

Al dar vuelta las tropas á una colina inmediata que ocultaba al enemigo, le vieron formado en la cresta de una grande eminencia con sus banderas blancas, distintivo de los de Almagro, ondeando sobre sus cabezas, y sus brillantes armas reflejando los rayos verticales del sol de la tarde. El orden de batalla en que estaban las tropas de Almagro, era semejante al de su adversario. En el centro se hallaba su excelente artillería protegida por los alabarderos y arcabuceros, y en los flancos formaba la caballería. Almagro guiaba la izquierda en persona. Había elegido con acierto su posición, pues la naturaleza del terreno permitía



Vaca de Castro.

que pudiesen jugar perfectamente sus cañones, los cuales en efecto al acercarse el enemigo abrieron un mortífero fuego. Aturdido por aquella tempestad de

metralla, Vaca de Castro conoció la dificultad de adelantarse en línea recta contra la batería enemiga.

(1) «I visto esto por el dichoso señor, gobernador, mandó dar al arma á muy gran prisa, y mandó á este testigo que sacase toda la gente al campo, i él se entró en su tienda á se armar, i dende á poco salió della encima de un caballo morcillo rabicano, armado en blanco, y con una ropa de brocado encima de las armas, con el hábito de Santiago en los pechos.» Dicho del capitán Francisco de Carbajal sobre la información hecha en el Cuzco en 1545 en favor de Vaca de Castro, MS.

(2) Las palabras del gobernador, dice Carbajal, testigo de su efecto, que animaron de tal modo á las tropas que partieron al combate como si fueran á un baile. «En pocas palabras comprendió tan grandes cosas, que la gente de S. M. cobró tan grande ánimo con ellas, que tan determinadamente se partieron de allí para ir á los enemigos, como si fueran á fiestas donde estuvieran convidados.» Dicho del capitán Francisco de Carbajal, sobre la información hecha en el Cuzco en 1545, en favor de Vaca de Castro, MS.

Tomó, pues, el consejo de Francisco de Carbajal que le propuso guiar las tropas por un rodeo seguro. Esta es la primera ocasión en que aparece el nombre de este veterano en las guerras de América, en las cuales adquirió después tan triste celebridad. Había llegado al país después de cuarenta años de campañas en Europa, donde había estudiado el arte militar en la escuela del Gran Capitán Gonzalo de Córdoba. Aunque de edad muy avanzada, tenía todo el valor y energía indomable de la juventud, y sus hechos mostraron que había sabido aprovecharse de las lecciones recibidas bajo el mando de tan gran general.

Aprovechándose, pues, de un camino circular que rodeaba las colinas, condujo sus tropas de tal modo, que hasta que se hallaron casi encima del enemigo estuvieron protegidas por el terreno intermedio. En la marcha fue acometido su flanco izquierdo por los batallones indios al mando de Paulo, hermano del Inca Manco; pero un cuerpo de arcabuceros dirigió contra ellos un fuego bien nutrido que libró pronto á los españoles de este obstáculo. Cuando al fin las tropas reales subiendo á la cima de la eminencia volvieron á encontrarse enfrente de las líneas de Almagro, la artillería jugó contra ellos con sangriento efecto. Habo un momento, sin embargo, en que sin saberse la causa, se dirigieron los cañones á un punto que aunque presentaba un buen blanco, la mayor parte de los tiros pasaban sobre las cabezas de los enemigos. No está averiguado si esto fue efecto de traición ó solamente de torpeza. La artillería estaba á las órdenes de Pedro de Candia; que según recordará el lector fue uno de los trece que tan valientemente se pusieron al lado de Pizarro en la isla del Gallo, y que había peleado con aquel capitán durante toda la conquista. Después, habiéndose disgustado de él, tomó partido por Almagro; pero tal vez la muerte de su antiguo jefe había desvanecido su resentimiento y deseaba volver á sus primitivas banderas. Dicese, á lo menos, que por aquel tiempo estaba en correspondencia con Vaca de Castro, y el mismo Almagro parece que se convenció de su traición, porque después de haberle reconvenido en vano por su conducta, le atravesó con su espada, dejándole muerto en el campo. Después, lanzándose él mismo á uno de los cañones, le dió nueva dirección, y con tan buen éxito, que el tiro echó por tierra á muchos soldados de la caballería enemiga (1).

El fuego se hizo entonces mas mortífero para las tropas reales: una descarga barrió toda una fila de la infantería, y aunque las otras se adelantaron velozmente á llenar los huecos, no pudiendo los soldados sufrir el fuego vivo que se les hacia, llamaron á grandes gritos á la caballería, que había hecho alto por un momento, para que apresurase su marcha (2). Causaba la dilación el deseo de Carbajal de adelantar sus cañones para oponerlos á los del enemigo. Pero inmediatamente se abandonó este designio: dejóse en

(1) Pedro Pizarro, Descub. y Conq., MS.—Zárate, Conquista del Perú, lib. IV, cap. XVII, XIX.—Naharro, Relacion sumaria, MS.—Herrera, Hist. general, dec. VII, lib. III, cap. XI.—Dicho del capitán Francisco de Carbajal sobre la informacion hecha en el Cuzco en 1535 en favor de Vaca de Castro, MS.—Carta del Cabildo de Arequipa al emperador, MS.—Carta de Ventura Beltran, MS.—Declaracion de Uscategui, MS.—Gomara, Historia de las Indias, capitulo CXLIX.—Según Garcilasso, cuyos cañones siempre producen mas efecto que los de cualquier otro escritor, diez y siete hombres murieron de esta maravillosa descarga. Com. Real, parte II, lib. III, cap. XVI.

(2) Según Zárate los oficiales hicieron marchar con la punta de la espada á sus soldados para que llenasen los huecos que habían dejado sus compañeros muertos. «Porque un tiro llevó toda una hilera é hizo abrir el escuadron, é los capitanes pusieron gran diligencia en hacerlo cerrar, amenazando de muerte á los soldados con las espadas desenvainadas, é se cerró.» Conq. del Perú, lib. IV, cap. I.

el campo la inútil artillería; y se dió orden á la caballería para que cargase. Sonaron las trompetas, y los valientes caballeros dando el grito de carga y hundiendo las espuelas en los hijares de sus caballos, se lanzaron á todo galope contra el enemigo.

Mas le hubiera valido á Almagro permanecer firme en un puesto que tantas ventajas le daba. Pero escitado por un falso pundonor, juzgó indigno de un caballero valiente esperar el ataque á la defensiva; y mandando á su gente que cargase, los escuadrones enemigos avanzando rápidamente uno contra otro, se encontraron en medio del camino en la llanura. El choque fue terrible. Hombres y caballos titubearon en fuerza del galope. Las lanzas volaron hechas astillas (3), y los soldados sacando las espadas ó echando mano de las mazas, aunque algunos de los del ejército real solo iban armados con una hacha comun, pelearon con toda la furia que engendran las guerras civiles. Era aquella una lucha terrible, no solamente de hombre contra hombre, sino, para valerme de las propias palabras de un testigo presencial, de hermano contra hermano y de amigo contra amigo (4). Nadie pedia cuartel, porque el golpe que había sido bastante fuerte para romper los más estrechos lazos del parentesco, había roto también los de la humanidad. Las excelentes armas de los de Almagro contrabalancearon la superioridad del número de sus enemigos; pero los del ejército real consiguieron alguna ventaja dirigiendo sus golpes á los caballos en vez de dirigirlos á los cuerpos armados de sus contrarios.

Entre tanto la infantería sostenía por ambas partes un vivo fuego de arcabuz que producía efecto así en las filas respectivas como en las de caballería. Pero la artillería gruesa de Almagro, bien dirigida esta vez, hacia horrible estrago en las columnas de infantería real que se iban adelantando. Estas, no pudiendo ya sufrirlo, empezaban á retroceder, cuando Francisco de Carbajal lanzándose á la cabeza de todos, gritó: «¡Mengua y baldon para el que ceda! yo soy un blanco doble mejor para el enemigo que ninguno de vosotros.» Era en efecto hombre corpulento; y arrojando de sí el acerado yelmo y la coraza para no tener ventaja alguna sobre sus soldados, se quedó armado á la ligera con su colete de algodón. Después blandiendo su partesana, se entró atrevidamente por entre las columnas de fuego y humo que brotaban los cañones, y seguido entre una lluvia de balas por los mas valientes de sus tropas, se lanzó sobre los artilleros y se hizo dueño de las piezas.

Las sombras de la noche habían empezado ya á estenderse cada vez mas espesas sobre el campo, y todavía la mortal contienda continuaba en la oscuridad; distinguiéndose los partidos por las divisas rojas ó blancas y por los gritos de: ¡Vaca de Castro y el rey! ¡Almagro y el rey! si bien ambos invocaban el auxilio del apóstol Santiago. Holguin, que mandaba la izquierda de los realistas, había muerto al principio de la acción, atravesado de dos balas de arcabuz. Habíase hecho notable por la rica túnica de terciopelo blanco que llevaba sobre la armadura. Sin embargo, todavía un valiente cuerpo de caballería mantuvo el

(3) «Se encontraron de suerte que casi todas las lanzas quebraron, quedando muchos muertos, caídos de ambas partes.» (Zárate Conq. del Perú, lib. IV, cap. I.) Zárate escribe en esta ocasión con el espíritu y energía de Tucídides. No se halló en la batalla; pero llegó al país al año siguiente y supo todos sus pormenores por las personas mejor informadas, con quienes su posición le daba fácil acceso.

(4) Este es el lenguaje de los mismos vencedores, que en su carta al emperador comparan la acción de Chupas á la gran batalla de Rávena. «Fue tan reñida é porfiada, que después de la de Rávena, no se á visto entre tan poca gente mas cruel batalla, donde hermanos á hermanos, ni deudos á deudos, ni amigos á amigos no se davan vida uno á otro.» Carta del cabildo de Arequipa al emperador, MS.

campo con tanta firmeza en aquella ala, que los soldados de Almagro no pudieron adelantar un paso (1).

No sucedió lo mismo en la derecha, donde mandaba Alonso de Alvarado. Acometióle Almagro en persona, que peleaba con un valor digno de su nombre. El joven general intentó con repetidas cargas arrollar los escuadrones de su enemigo, peor montados y peor armados que los suyos. Alvarado se resistió con indomable valor; pero su fuerza se había debilitado, como hemos visto, antes de la batalla con la reserva que tuvo que dar al gobernador, y acosado por el número superior de su adversario, que le había ya ganado dos estandartes, iba poco á poco perdiendo terreno. «Prended, pero no mateis,» gritaba el generoso joven, creyéndose seguro de la victoria (2).

Pero en este momento crítico, Vaca de Castro, que con su reserva ocupaba una altura que dominaba el campo de batalla, conoció que había llegado la ocasión de tomar parte en la lucha. Largo tiempo sus ojos penetrando entre el humo de los cañones y arcabuces habían seguido los movimientos de los combatientes: y á cada momento recibía noticias del estado en que se hallaba la acción. No vaciló, pues, y mandando á su gente que le siguiera, se arrojó osadamente en ella en lo mas reñido de la pelea para socorrer á su esforzado oficial. La llegada de un nuevo cuerpo de tropas frescas dió otro giro al combate (3). Animáronse los soldados de Alvarado y estrecharon sus filas. Los de Almagro, aunque arrollados al principio por el ímpetu del ataque, se repusieron en breve y volvieron contra sus enemigos. Trece de los caballeros de Vaca de Castro cayeron exánimes de sus caballos. Pero este era el último esfuerzo de los de Almagro. La fuerza, aunque no el valor, les había abandonado. Retrocedieron, pues, en todas direcciones, y confundiendo en la oscuridad caballería, infantería y artillería, se atropellaron unos á otros por huir de la persecución de sus enemigos. Almagro intentó detenerlos; hizo milagros de valor, dice un testigo ocular, pero fue arrollado por el ímpetu de los que retrocedían, y aunque parecía buscar la muerte según el desembarazo con que esponía su persona al peligro, no recibió una sola herida.

Otros hubo de su ejército, y entre ellos un joven llamado Gerónimo de Alvarado, que se negaron obstinadamente á abandonar el campo de batalla, y gritando: ¡Nosotros asesinamos á Pizarro, nosotros matamos al tirano! se arrojaron sobre las lanzas de sus vencedores, prefiriendo la muerte en el campo á la ignominia del patíbulo (4).

Eran las nueve cuando cesó la batalla, aunque á intervalos se oyó todavía el fuego en el campo á hora muy avanzada; cuando alguna partida errante de fugitivos era alcanzada por sus perseguidores. Sin embargo, muchos lograron escaparse favorecidos por la oscuridad de la noche, y de otros se dice que trataron de eludir la persecución de un modo mas singular, que fue arrancando los distintivos de sus enemigos

(1) Se peleó con tan igual ardor por ambas partes, dice Beltran, que por mucho tiempo fue dudoso á qué lado se inclinaria la victoria. «La batalla estuvo muy gran rato en peso, sin conocerse victoria de la una parte á la otra.» Carta de Ventura Beltran, MS.

(2) «Gritaba: ¡Victoria! ¡decía prender é no matar.» Herrera, Historia general, dec. VII, lib. III, cap. XI.

(3) La carta del ayuntamiento de Arequipa elogia al gobernador por haber decidido con este movimiento la suerte de la batalla y manifiesta admiración por el arrojo que desplegó y que no era de esperar en un hombre de su edad y profesion. Véase el Apéndice núm. XIII.

(4) «Se arrojaron en los enemigos como desesperados, hicieron á todas partes, diciendo cada uno por su nombre: «Yo soy Fulano, que maté al marques, é así anduvieron hasta que los hicieron pedaços.» Zárate, Conq. del Perú, lib. IV, capitulo XIX.

muerdos, poniéndoseles y uniéndose en la persecución á las tropas de Vaca de Castro.

Este al fin, temiendo algun accidente desagradable, y que los fugitivos; reuniéndose de nuevo en la oscuridad padiesen causar alguna pérdida á sus perseguidores, mandó tocar las trompetas y llamó á los dispersos soldados bajo sus banderas. Toda la noche permanecieron sobre las armas en el campo, teatro pocas horas antes de ruido y confusión, y entonces sumido en un triste silencio que interrumpian solamente los ayes de los heridos y moribundos. Los indios que durante la batalla se habían mantenido como una negra nube en las cimas de los montes, contemplando con sombría satisfacción el estrago de sus enemigos, se aprovecharon entonces de las tinieblas para bajar á la llanura como una manada de famélicos lobos, donde despojaron de sus vestiduras los cuerpos de los españoles muertos, y aun de aquellos que, aunque vivos, incapaces de defenderse, se habían arrastrado hasta ocultarse entre las matas.

A la mañana siguiente Vaca de Castro dió orden para que los heridos (los que no habían muerto de resultas de la fria humedad de la noche) fuesen encomendados al cuidado de los cirujanos, y que varios clérigos administrasen confesion y absolucion á los moribundos. Abriéronse cuatro grandes fosas en que se enterraron indistintamente los cuerpos de los muertos tanto de un partido como de otro. Pero los restos de Alvarez de Holguin y de algunos caballeros de distincion fueron trasladados á Guamanga para enterrarlos con la solemnidad correspondiente á su clase; y las rotas banderas ganadas á sus vencidos compatriotas, ondearon sobre sus monumentos como tristes trofeos de la victoria.

El número de los muertos se calcula con variedad, desde trescientos á quinientos por ambas partes (5). Los vencedores por efecto del fuego de cañon que sufrieron antes de la batalla, tuvieron mas pérdida que los de Almagro en la derrota que siguió después. El número de los heridos fue aun mayor, y la mitad ó mas de los de Almagro que salieron ileso de la acción, cayeron prisioneros. Muchos en efecto lograron escaparse á Guamanga y refugiarse en las iglesias y monasterios; pero fueron arrancados de su asilo y conducidos á prision. Su valiente jefe, seguido solamente de unos pocos soldados, se retiró al Cuzco, donde inmediatamente fue preso por los mismos magistrados á quienes él había colocado al frente del gobierno de la ciudad (6).

En Guamanga Vaca de Castro nombró una comision presidida por el licenciado de la Gama para juzgar á los prisioneros; y la justicia no quedó satisfecha hasta después de haber sido condenados cuarenta á muerte y otros treinta á destierro, algunos de estos con pérdida de uno ó mas de sus miembros (7). Tan

(5) Zárate le fija en trescientos. Garcilasso y Uscategui, que era del partido de Almagro, le hacen subir á quinientos.

(6) Los pormenores de la acción están tomados de Pedro Pizarro, Descub. y Conq. MS.—Carta de Ventura Beltran, MS.—Zárate, Conq. del Perú, lib. IV, cap. XVII, XX.—Naharro, Relacion sumaria, MS.—Dicho del capitán Francisco de Carbajal sobre la informacion hecha en el Cuzco en 1545 á favor de Vaca de Castro, MS.—Carta del Cabildo de Arequipa al emperador, MS.—Carta de Barrio Nuevo, MS.—Gomara, Hist. de las Indias, cap. CXLIX.—Garcilasso, Com. Real, parte II, lib. III, cap. XV, XVIII.—Declaracion de Uscategui, MS.

Muchos de estos escritores estuvieron presentes en la acción, y raras veces pueden sacarse los pormenores de una batalla de testimonios mas auténticos. El que estudie la historia no se sorprenderia de que hubiese en estos detalles la mayor discrepancia.

(7) Declaracion de Uscategui, MS.—Carta de Ventura Beltran, MS.—Zárate, Conquista del Perú, lib. IV, cap. XXI.—Los leales habitantes de Arequipa parece que quedaron muy contentos de estas ejecuciones. «Y si la noche, dicen, no cerrara tan presto; V. M. quedara bien satisfecho de estos

severas represalias han sido demasiado frecuentes entre españoles en sus contiendas civiles: y es extraño que tan ciegamente se lancen á ellas siendo tan triste la suerte de los vencidos (1).

Desde el teatro de esta sangrienta tragedia pasó el gobernador al Cuzco, donde entró á la cabeza de sus victoriosos batallones con toda la pompa y aparato militar de un vencedor. En su modo de vivir Vaca de Castro mantenía cierta ostentacion, de que algunos se burlaban, comparándola con las reformas económicas que despues introdujo en las rentas (2). Pero su objeto era con estas formas exteriores producir efecto en la generalidad del pueblo, y no queria desaprovechar ningun medio de dar autoridad á su empleo de gobernador. Su primer acto fue decidir de la suerte de su prisionero Almagro. Reunióse para esto un consejo de guerra: algunos opinaron por que se perdonase la vida al desgraciado gefe en consideracion á su juventud y á la gran provocacion que habia recibido; pero la mayoría dijo que no podia hacerse tal merced al gefe de los rebeldes, y que su muerte era indispensable para asegurar de un modo permanente la tranquilidad del pais.

Cuando Almagro fue conducido al sitio de la ejecucion en la gran plaza del Cuzco, donde su padre habia sido ejecutado pocos años antes, manifestó la mayor serenidad, si bien cuando el heraldo proclamó en alta voz que habia merecido la suerte de los traidores, negó con indignacion que lo fuese. No apeló á la misericordia de sus jueces; solamente les pidió que sus huesos fuesen depositados al lado de los de su infeliz padre (3).

Pocos nombres ha habido en la historia mas desgraciados que el de Almagro. Sin embargo, la muerte del hijo escita mas profunda simpatía que la del padre, y esto no solo por su juventud, sino por las circunstancias particulares de su situacion. Poseia muchas de las buenas cualidades del viejo Almagro, tenia un carácter franco y varonil, y sus maneras de soldado estaban suavizadas por el refinamiento de una educacion mejor que la que se adquiere entre la licencia de los campos. Su carrera, aunque corta, daba indicios de un gran talento, que solo necesitaba un buen teatro donde desarrollarse. Pero era el hijo de la desgracia, y la mañana de su vida estuvo siempre encapotada de negras nubes. Si su carácter, naturalmente benigno, mostró á veces algunas centellas del vengativo furor propio de la raza india, alguna excusa debe hallar no solamente en su sangre, sino tambien en las circunstancias de su situacion. Habia recibido muchos agravios, y si la conspiracion puede justificarse alguna vez, es sin duda en un caso semejante, en que desesperado por los ultrajes hechos á él y á su padre, no podia obtener reparacion del único de quien tenia derecho á reclamarla. Con él se estinguó el nombre de Almagro, y la faccion de Chile, que por tanto tiempo fue el terror del pais, desapareció para siempre.

Mientras ocurrían estos acontecimientos en el Cuzco supo el gobernador que Gonzalo Pizarro habia llegado á Lima, donde se mostraba muy descontento del estado de las cosas en el Perú. Quejábale alta-

traidores; pero lo que no se pudo entonces hacer, ahora el gobernador lo hace, descuartizando cada dia á los que se escapan. Véase el Apéndice núm. XIII.

(1) Nota del traductor. El traductor cree, y los hechos de esta historia lo prueban suficientemente, que la sangre de los vencidos mantiene siempre vivo el germen de las discordias civiles. Lo extraño, pues, sería que las represalias tuviesen el efecto que el autor supone que debían tener.

(2) Herrera, Historia general, dec. VII, lib. IV, capítulo I.

(3) Pedro Pizarro, Descub. y Cong., MS.—Zárate, Conquista del Perú, lib. IV, cap. XXI.—Naharro Relacion sumaria, MS.—Herrera, Historia general, dec. VII, lib. VI, cap. I.

mente de que despues de la muerte de su hermano no se le hubiese encomendado el gobierno del pais, y segun se decia, estaba formando planes para apoderarse de él. Vaca de Castro sabia perfectamente que no faltarian malos consejeros que instasen á Gonzalo Pizarro á dar este paso desesperado; y deseando extinguir las últimas chispas de insurreccion antes que produjesen un incendio, agitadas por tan turbulentos ánimos, envió una fuerza considerable á Lima para guarnecer aquella capital, mandando al mismo tiempo á Gonzalo Pizarro que se le presentase en el Cuzco.

No creyó este prudente desobedecer la órden; y poco despues entró en la capital Inca á la cabeza de un cuerpo de caballeros bien armados. Admitido inmediatamente á presencia del gobernador, este mandó retirar su guardia, diciendo que nada tenia que temer de un caballero tan valiente y leal como Pizarro. Despues le hizo varias preguntas respecto á sus últimas aventuras en las Canelas, y le manifestó gran interes al oír sus extraordinarios padecimientos. Tuvo cuidado de no escitar sus sospechas aludiendo á sus ambiciosos planes, y concluyó aconsejándole, que ya que estaba restablecida la tranquilidad del pais, se retirase á buscar el reposo, que tanto necesitaba, en sus productivas haciendas de Charcas. Gonzalo Pizarro, no encontrando motivos para reñir en la tibieza y política del gobernador, y probablemente conociendo que, á lo menos por entonces, no tenia suficiente fuerza para oponérsele, juzgó prudente tomar su consejo y retirarse á la Plata, donde se ocupó en laborear aquellas ricas minas, que en breve le pusieron en estado de acometer una empresa de mas importancia que ninguna de las que hasta entonces habia llevado á cabo (4).

Vaca de Castro, desembarazado así de su formidable competidor, se ocupó entonces en organizar el pais. Empezó por el ejército, parte del cual habia ya disuelto; pero aun quedaban muchos caballeros que instaban porque se les diese la recompensa proporcionada á sus servicios. No rebajaban ellos la importancia de estos, y el gobernador se consideró afortunado en verse libre de sus importunidades empleándolos en distantes expediciones, una de las cuales fue la exploracion del pais regado por el gran rio de la Plata. Sin una ocupacion como esta, los turbulentos ánimos de los altivos caballeros pronto hubieran puesto de nuevo el pais en fermentacion.

Despues se ocupó Vaca de Castro en dar leyes para el mejor gobierno de la colonia. Atendió con especial cuidado á la poblacion india y estableció escuelas para enseñarles la doctrina cristiana. Dictó tambien varias medidas para librarles de las esacciones de los conquistadores, y animó á los pobres indios á trasladar su residencia á las ciudades de los blancos. Mandó á los caciques que proveyesen de viveres los tambos ó posadas que hubiese en su jurisdiccion, con lo cual quitó á los españoles un pretexto para el robo y facilitó al mismo tiempo considerablemente el tráfico. Vigiló con gran cuidado la administracion de las rentas que habian sido dilapidadas en los últimos disturbios, y en muchos casos disminuyó los repartimientos que le parecían excesivos. Este último acto le atrajo el odio de los que de él fueron objeto; pero sus medidas eran tan justas é imparciales, que la opinion pública le apoyó plenamente (1).

En realidad la conducta de Vaca de Castro desde el momento de su llegada al pais fue tal que se granjeó el respeto de todos y demostró su competencia

(4) Pedro Pizarro, Descub. y Cong., MS.—Herrera, Historia general, dec. VII, lib. VI, cap. II, lib. IV, cap. III.—Zárate, Cong. del Perú, lib. IV, cap. XXII.

(5) Pedro Pizarro, Descub. y Cong., MS.—Herrera, Historia gen., dec. VII, lib. VI, cap. II.

para el difícil cargo que se le habia conferido. Sin fondos, sin tropas, al desembarcar habia hallado el pais en completa anarquía; y sin embargo con su valor y habilidad habia logrado adquirir suficiente fuerza para sofocar la insurreccion. Aunque no era soldado, habia mostrado indomable espíritu y presencia de ánimo en el momento de la accion y hecho sus preparativos militares tan previsora y discretamente que escitó la admiracion de los mas espertos veteranos.

Si abusó, como pudiera creerse, de la victoria mostrándose cruel con los vencidos, tambien debe admitirse que no le movió á ello motivo alguno personal. Era un jurisperito muy partidario de las reales prerrogativas; consideraba la rebelion como crimen imperdonable, y si su carácter austero era inexorable en la administracion de justicia, tambien hay que tener en cuenta que vivia en una edad de hierro, en que la misericordia raras veces templaba el rigor de la ley.

En sus demas disposiciones para el arreglo del pais mostró igual imparcialidad é ilustracion. Los colonos conocieron perfectamente los beneficios de su administracion é hicieron el mejor elogio de sus servicios, dirigiendo peticiones á Castilla para que continuase en el gobierno del Perú (1). Por desgracia no era esta la política que se habia propuesto seguir la corte de España.

CAPITULO VII.

Abusos de los conquistadores. — Código para las Colonias. — Gran excitacion en el Perú. — El virey Blasco Núñez. — Su severa política. — Oposicion que le hace Gonzalo Pizarro.

1543—1544.

ANTES de continuar la narracion de los sucesos del Perú, debemos dar una ojeada á la metrópoli, donde ocurrían importantes cambios respecto á la administracion de las colonias.

Carlos V desde su subida al trono de España habia tenido ocupada su atencion con los acontecimientos políticos de Europa, donde se abria á su ambicion un teatro mas vasto que el que podían ofrecerle las guerras con príncipes bárbaros en el Nuevo-Mundo. Aquí sin embargo un imperio, casi oculto hasta entonces, se habia levantado y crecido hasta adquirir dimensiones mayores que las de sus dominios europeos, y estaba destinado á llegar á ser todavía mas opulento que estos. Habíase, en verdad, bosquejado un plan de gobierno, dictándose de cuando en cuando algunas leyes para el arreglo de las colonias; pero estas leyes eran con frecuencia acomodadas, menos al interes de las colonias mismas que al de la metrópoli, y aun las veces que se dirigían á promover el bienestar de las colonias eran mal ejecutadas, porque la voz de la autoridad, aunque fuertemente proclamada en España, se apagaba frecuentemente en débiles ecos antes que cruzase los mares.

Este estado de cosas, y aun el modo con que en el principio se adquirieron los territorios españoles del Nuevo-Mundo eran fatales tanto para las razas conquistadas como para sus vencedores. Si las provincias ganadas por los españoles hubiesen sido fruto de una pacífica adquisicion, de negociaciones ó de cambios; ó si se hubiera hecho la conquista bajo la inmediata direccion del gobierno, los intereses de los indios hubieran sido mas cuidadosamente protegidos. La superior civilizacion de los indios en las colonias es-

pañolas de América, les hizo continuar despues de la conquista viviendo en el pais conquistado y mezclándose en las poblaciones con los blancos; formando en esto un contraste notable con los primitivos indios de la América del Norte, que retrocediendo al contacto de la civilizacion, se fueron retirando mas y mas á medida que esta se adelantaba, hasta ocultarse en lo mas profundo de sus espesos bosques. Pero los americanos del Sur habian recibido de antemano instituciones propias de una legislacion mas refinada que la que podia aplicarse á los salvajes habitantes de las florestas; y si el soberano hubiera dirigido en persona sus conquistas no habria consentido que una parte tan considerable de sus vasallos fuese neciamente sacrificada á la codicia y crueldad del puñado de aventureros que les habia subyugado.

Mas el encargo de someter el pais habia sido por desgracia encomendado á manos de individuos irresponsables, soldados de fortuna, aventureros desesperados que entraron en la empresa como en un juego, proponiéndose jugar sin el menor escrúpulo y con solo el objeto de ganar de cualquier modo que fuese. Como del gobierno apenas recibían auxilio, debían sus triunfos solamente á su valor, y así se persuadieron de que el derecho de conquista estinguía todos los derechos anteriores de los desgraciados indigenas. Las tierras y las personas fueron repartidas entre los vencedores como legítimos despojos de la victoria, y cada dia se perpetraban atentados de que la humanidad se estremece.

Estos atentados, aunque en ninguna parte se cometían en tan terrible escala como en las islas, donde en pocos años habian aniquilado casi toda la poblacion india, eran sin embargo de suficiente magnitud en el Perú, para atraer la venganza del cielo sobre las cabezas de sus autores; y el indio podia ver que no se habia dilatado mucho esta venganza cuando contemplaba á sus opresores destrozándose sobre sus miserables despojos y volviendo las armas contra sí mismos. El Perú, como ya he dicho, fue subyugado por aventureros, en su mayor parte de mas baja y mas feroz ralea que los que siguieron las banderas de Cortés. El carácter de los soldados se asemejaba en cierto modo al de sus capitanes en las respectivas empresas. Fue esto una fatalidad para los Incas; porque los indomables soldados de Pizarro eran mas á propósito para combatir contra los fieros aztecas que contra los afeminados y mas civilizados peruanos. Embriagados con la posesion de un poder á que no estaban acostumbrados, y sin la menor idea de la responsabilidad que envolvia su situacion de dueños del pais, se entregaron con frecuencia á satisfacer todos los caprichos que su fantasía ó su crueldad les dictaban. Muchas veces, dice un testigo nada sospechoso, he visto á españoles, largo tiempo despues de la conquista, entretenerse en cazar indios con perros carniceros por mera diversion ó para adiestrar á los perros (2). La licencia no tenia límites: las doncellas eran arrancadas sin escrúpulo de los brazos de sus familias para satisfacer las pasiones de sus brutales conquistadores (3). Las sagradas casas de las vírgenes del Sol fueron abiertas y violadas, y el caballero español llenó su harem de multitud de jóvenes indias,

(2) «Españoles hai que crían perros carniceros i los avellan á matar indios, lo cual procuran á las veces por pasatiempo, y versi lo hacen bien los perros.» Relacion que dió el provisor Morales sobre las cosas que convenian probarse en el Perú, MS.

(3) «Que las justicias dan cédulas de Anaconas que por otros términos los hacen esclavos á vivir contra su voluntad, diciendo: Por la presente damos licencia á vos Fulano para que os podais servir de tal indio ó de tal india, é sacar donde quiera que lo hallaredes.» Relacion del provisor Morales, MS.

(1) «I así lo escribieron al rei la ciudad del Cuzco, la villa de la Plata, i otras comunidades, suplicándole que los dexase por gobernador á Vaca de Castro, como persona que procedia con rectitud i que ya entendia el gobierno de aquellos reinos.» Herrera, Hist. general, dec. VII, lib. VI, cap. II.